

# Viaje con Elton alrededor del campus

Óscar López

Antes de viajar a Medellín ese verano, le escribí un correo a Elton. Desde cuando lo conocí, en la Biblioteca Carlos Gaviria de la Universidad de Antioquia, empezamos una amistad que pervivía a través del intercambio de correos cada cierto tiempo. Pronto respondía con escueta brevedad y cortesía. Esta vez le hablé de mi próximo arribo a la ciudad a mediados de mayo, y de que al día siguiente estaría en el campus universitario. Concertamos encontrarnos en la cafetería de Pastora, la cafetería más frecuentada por él. Allí estuvimos desayunando. A punto de despedirnos, Elton accedió a enseñarme a manejar el bastón. Andaba muy atareado esa semana dictando algunas clases y corrigiendo un par de trabajos de investigación que tenía que entregar en reemplazo de exámenes finales. Por ello me propuso reunirnos el miércoles de la semana por venir después de asistir a la clase de Derecho transicional, la segunda que tomaba en sus estudios de doctorado y cuya última sesión era esa fecha. Mientras lo dejaba a mis espaldas, pensé que en el futuro cercano Elton firmaría los correos con Elton Romero, Filósofo y PhD en Derecho transicional. No dejaba de preguntarme cómo hacía para tener un mapa mental en el que cada cosa estaba puesta en su lugar con una precisión de reloj suizo.

La mañana del miércoles acordado traje el bastón y el trapo negro de seda como Elton me lo pidió. Nos encontramos en los bajos de la Biblioteca Carlos Gaviria. Elton me vendó los ojos, pero antes de decirme lo que íbamos a hacer, me preguntó si sentía

cómoda la venda. El ejercicio consistía en que yo iba a usar el bastón como si estuviera ciego y daríamos una vuelta alrededor de la ciudad universitaria, luego regresaríamos hasta la biblioteca.

—El bastón es una carta de presentación, Profe, como le digo. Es como cuando un fotógrafo profesional saca la cámara en el desfile de silleteros en la Feria de las Flores. La gente le abre paso. El bastón llama al respeto. ¿Listo? Profe... lo siento sudando. Ya le digo, asuma el bastón como parte de su mano. Lo que el bastón toca alerta sus ojos. Nada de miedos. Voy a su lado. Nada malo le va a pasar.

Salimos bajando por la rampa que comunicaba el piso de entrada a la biblioteca con el patio que lo separaba del bloque 4, el de matemáticas.

—Profe, no se pegue del pasamanos, use el bastón haciendo un giro en forma de abanico. Trate de que el deslizador del bastón llegue al piso antes del pie que adelanta, luego lo devuelve al lado contrario. Vamos bien, pero relaje un poco la mano. Noto que aprieta mucho el bastón. Si se relaja va a sentir el bastón como parte de su cuerpo.

Ya estábamos en el bloque 4. Por un instante, pensé en que muchos de mis compañeros de generación recordaban con pánico ese edificio en el que tomaban clases de matemáticas, forzados por un requisito universitario al que no le encontraban utilidad para leer literatura.

—Profe, lo siento sudando. Confíe en mí. Nada le va a pasar.

—Por instantes pienso que voy a caer al vacío. Estar vendado me hace sentir flotando.

—Todo está plano. El bastón es un mapa táctil. Sígalo como si fuera una extensión de su cuerpo. No se va a caer. El bastón le da los ojos que la venda le quita.

—¿Dónde estamos, Elton?

—Pregunte, pero no levante el bastón del piso. Le repito: el bastón es su vista ahora. Se puede caer o golpearse contra algo si le quita contacto con el piso. ¡Pare!, ¡pare!

—¿Qué pasa?

—Vamos a salir del bloque administrativo, pero usted, por hablarme, levantó el bastón otra vez e iba a darse un porrazo contra la columna que da a la esquina.

—Disculpe Elton. Déjeme yo apago el celular, escucho que me llaman y pierdo concentración. Si no lo apago no puedo concentrarme.

—Claro, claro. Yo no debo anunciarle los obstáculos, es el bastón. Recuerde, el bastón es un mapa y hay que seguirlo. Si usted lo sigue llega a donde quiera. Mejor dicho, para que me entienda: el bastón es como un GPS, pero sin voz.

—Escucho muchas voces. Supongo que están saliendo de clases.



—¿Profe, quiere que salgamos por el complejo deportivo o tomamos por el bloque 21, el de ingeniería?

—Por donde sea más fácil.

—No se trata de eludir los obstáculos, sino de aprender a moverse en todas las circunstancias. Tal vez usted estaba pensando en que a esta hora hay mucha gente caminando por el complejo. Hay gente que va a jugar fútbol, que va a practicar tenis, que va a entrar a las piscinas...o no falta el que viene a ver a las universitarias entrar o salir de las piscinas.

—Sí, en eso pensaba.

—¿En los que van a verlas entrar o en las que...? Es un mal chiste, Profe. Pero la verdad es que muchos de los que vienen a almorzar escogen la cafetería de Deportes para mirar a las chicas en vestido de baño.

—Ya sé para dónde vas, Elton. Me refiero a todos.

—Pero, en serio, no se trata de evitar los obstáculos, sino de aprender a hacer la vida normal con la ayuda del bastón.

Sin preguntármelo, advertí que Elton había decidido cruzar por el patio del bloque de ingeniería. Sentí alivio porque era la ruta que yo frecuentaba. Por ahí entraba a la Universidad todas las mañanas. Luego de esquivar un par de resaltos, se llegaba hasta la acera que conducía hacia las escalinatas del Metro. No toparse con las motos, que antes obligaban a los peatones a bajarse a la calle, me generaba confianza.

—¿No nota nada, en este momento, Profe?

—No.

—Escuche el bastón. Mejor dicho, ¿no siente ahora que al hacer el giro como que se atranca?...

—Ah, sí. Ahora sí lo noto.

—Bueno, en esta parte de la acera no se salga de las líneas. Vamos caminando sobre la guía para invidentes. Esto es nuevo. Ya muchas aceras en la ciudad tienen esas guías. Me imagino que las aceras en los Estados Unidos deben estar muy bien demarcadas.

—No. La mayoría de los barrios no tienen aceras en las cuerdas porque están diseña-

dos para el tránsito de vehículos. Y las aceras de las universidades que conozco son planas, amplias y sin resaltos.

—Aquí hemos progresado. Si usted va a la Avenida Junín, a la Oriental o a los alrededores de los parques de los barrios, las líneas para los invidentes están trazadas sobre el piso.

—Interesante. Yo antes, cuando las veía, pensaba que eran decoraciones en el piso.

—Nada de eso, Profe. Ahí donde usted ve, esas líneas son el resultado de reivindicaciones ganadas por activistas que defienden derechos de minorías. ¡Pare!, ¡pare! ¿No notó algo?

—...

—El sentido recto de las líneas se cruza con otras de manera horizontal.

—¿Y?

—Quiere decir que hemos llegado a un cruce. Cuando eso ocurre, debemos girar o caminar hacia el destino que deseamos.

En ese punto, escuché que dos estudiantes que entraban por la puerta próxima a la estación del Metro, contigua al Planetario, saludaban a Elton y le preguntaban si iba a asistir a la clase de Filosofía política. Les dijo que en la clase se encontraban esa tarde. "Es la última del semestre, ¿cómo perdersela?"

—Ahí lo veo bien, Profe. Ha logrado seguir la línea de cruce, pero relájese un poco. Sé que hace mucho calor a esta hora de la mañana, pero usted está sudando porque...

—Elton, no se te olvide que es la primera vez que salgo vendado y que esto de usar bastón es nuevo para mí.

Por el ruido creciente de motores y la algarabía de pitos de autos y de motos, me di cuenta de que estábamos llegando al cruce de la avenida del Ferrocarril con la calle Barranquilla. El ruido intimidaba al imaginar que los carros se iban a venir encima y aplastarnos. Las voces de los estudiantes y gente que entraba y salía de la ciudad universitaria me hicieron disminuir el ritmo de los pasos.

—Nada de eso. Usted siga como si nada. Usted es un peatón más. Como le dije, al bastón lo respetan. Hágalo respetar.

—Hola, Miguel. Y pudieron haber sido más... cámara.

Elton le hablaba a Miguel, el personaje más conocido por varias generaciones en la Universidad. “Ganaron todos los equipos de fútbol de Antioquia”. Fue la respuesta de Miguel, como corrigiendo a Elton, fanático del equipo verde, de que no solo el Nacional había ganado la fecha anterior. Ambos dialogaron sin dejar de hacer lo que los ocupaba. Miguel quedó atrás en su puesto de periódicos, revistas y noticias escritas en tiza sobre pizarras, mientras que Elton me sugirió girar a la derecha tan pronto llegáramos a la puerta central, todavía por la calle Barranquilla.

—Profe, ¡pare, pare! ¿No sintió que habíamos llegado al cruce?

—...



—¿Sabe qué? Es mejor que lo haga de nuevo. Esas líneas en los cruces son como un semáforo o un pare. Hay que respetarlas. El bastón debe comportarse como un buen ciudadano. Ahora vamos a ir a los baños del bloque 9, pero usted va a llevarme allí si lee correctamente las líneas de cruce.

Volvimos a caminar el trayecto.

—...

—Lo hizo bien, Profe.

Sentí que habíamos alcanzado el otro lado de la calle interna de la ciudadela. Subimos

al corredor. Calculé que, a unos cuarenta metros, a la izquierda, estaban los baños. Elton fue quien requirió el baño, pero sospechó que yo tenía más urgencia. El recorrido por los alrededores de la Universidad me había fatigado en extremo. Todo, por el miedo a caerme o golpearme contra algún obstáculo.

— ¡Espere!, ¡espere! ¿No ve que va a entrar al baño de las mujeres?

— ¿Cómo lo sabes?

— Es obvio, Profe.

Yo, vendado como estaba, no lo percibía tan obvio, pero antes de empezar a discutirlo escuché que tres mujeres salían del lugar. Eran estudiantes. Una de ellas comentó: “¡Qué aburrido es ese profesor de Teoría económica! A mí, me tenía dormida”. Las otras dos dijeron: “Vamos a tomar un café, a ver si nos despertamos”.

Ahora Elton, al salir del baño de hombres, como si intuyera lo que yo estaba pensando, me dijo:

— Cuando una persona pierde uno de los sentidos, los otros sentidos se alertan. La vida tiene que seguir.

Luego me indicó aproximarnos hasta la cafetería de Pastora, en el corredor central, en dirección norte. Al sentir el rumor de voces alrededor de la cafetería, sin consultarlo con Elton, me arranqué la venda de un tirón. Por un momento me sentí enceguecido por la luz.

— Está bien por hoy, Profe.

En la fila, le pregunté lo que deseaba tomar. Me lo dijo y enseguida fue a sentarse en el

borde de una de las jardineras, donde solíamos sentarnos desde la época en que lo conocí, varios veranos antes, cuando me enseñó a navegar con un programa para invidentes o gente de baja visión, *JAWS*, que me permitía usar *Microsoft Words* y hacer mi trabajo con eficiencia. Lo seguí hasta donde me alcanzó la vista. Elton era apuesto, alto, de complexión atlética, aunque lucía un poco macizo. Su pelo era negro, y era de cara ancha. Un poco pálida.

Le entregué la coca cola y un palo de queso. Antes de que yo guardara el bastón, Elton lo atrajo hacia sus manos. Lo acarició con la yema de sus dedos.

— Me gusta su bastón, Profe. Aquí son escasos. Los que se consiguen como el suyo es por cuenta de una señora con baja visión. Ella los vende a buen precio, pero me imagino que en Gringolandia son más baratos.

Al sentarme sobre el borde de la jardinera, le pregunté qué tal había pasado el fin de semana.

— Muy bien. Al fin me decidí a ir a la Fiesta de las Frutas.

— El año pasado me dijiste que habías nacido en Sopetrán.

— Sí, y que no me pierdo la Fiesta, pero esta vez tenía que terminar un trabajo de investigación. Casi no lo acabo.

— ¿Por qué te gusta tanto esa Fiesta?

— Profe, Sopetrán tiene mujeres muy lindas. Da mucho gusto verlas pasar por el parque mientras se toma uno unas cervezas.

— Pero...

—Usted tiene que ir. Se acordará de lo que le digo.

Me acordé de que el año pasado, por la misma época, Elton había llegado una mañana tembloroso y sudando a la oficina de asistencia para personas con discapacidad visual de la Biblioteca. Entonces, contó que en la estación del Metro de San Antonio se había montado una mujer. El vagón venía lleno, a reventar. De pronto, empezó él a sentir una fricción a la altura del estómago. Intuyó que la fricción provenía de una mujer que le respiraba a la altura del pecho. Luego sintió la mano de la mujer deslizarse más abajo, en la entrepierna. La mujer lo hacía con tal suavidad y disimulo, que él decidió permanecer quieto y silencioso. A punto de arribar a la estación Hospital, la mujer lo empujó con cierta brusquedad, luego se aproximó a la puerta de salida, pero antes de empujarlo, le había dicho: “¡Eh, avemaría!, usted parece muerto. ¿No siente nada?”, a lo que Elton replicó: “¿Pero, por qué no siguió?”.

—Elton, ¿cuándo sucedió lo tuyo?

—Tenía siete años. Nosotros todavía vivíamos en el mismo vecindario, en Itagüí, Santa María. Era la mañana de un domingo cuando mi madre se dio cuenta de que no había traído quesito en el mercado. Entonces, me pidió que fuera a comprar una libra en la tienda de la esquina. Yo salía de la tienda y en ese momento se oyó una explosión. Lo demás me lo contaron después, la tarde



cuando me dieron de alta en el hospital. A una patrulla de policía que pasaba por el lugar le activaron un petardo a control remoto. Eran hombres de Pablo Escobar en los tiempos de la guerra del Capo contra el Estado. A mí me alcanzaron esquirlas de los explosivos en varias partes de la cabeza y del cuello. Desde entonces, quedé completamente ciego. Pero ya ve, Profe, la vida sigue y ahora puedo ayudar a personas como usted que están perdiendo la visión.

**Óscar López** es profesor emérito en la Universidad de Saint Louis en Missouri, Estados Unidos.



42

